

CAPÍTULO IX

Pasaje importante de Orígenes sobre estas palabras: «Mujer, he ahí tu hijo.» Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesucristo, y esta unión principió en el Calvario. Siendo Jesucristo Hijo de María, los fieles reunidos á El se hicieron en el Calvario, en El y con El, hijos de María. Ni los judíos ni los herejes conocen este misterio; y ¡cuán desgraciados son por esto! Privilegio de los católicos que, formando ellos solos la verdadera Iglesia, tienen á María por verdadera Madre.

Es un dogma fundamental de la fe católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdón y la reconciliación, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos y los expió, que ninguno fué excluido de la generosidad de su ofrenda ni de los méritos de sus sacrificios (1). Es, sin embargo, indudable que, á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente, no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Sólo aquellos lo son que, una vez incorporados á El por el bautismo, permanecen unidos á El por los lazos de la fe en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

(1) Pro omnibus mortuus est Christus. (II Cor., v, 15.)

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando por su cooperación á la redención, al nacimiento espiritual de todos, se hiciese Madre de todos, como veremos más adelante, así como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo, en realidad sólo es Madre de aquellos que tienen á Dios por Padre y á Jesucristo por Maestro y por hermano, es decir, de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es El, quiero decir, la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad, tan preciosa como consoladora para nosotros, que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María, mostrándole á San Juan: *HE AHÍ TU HIJO*; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiera declarado que los verdaderos hijos de María serían los que tuviesen los caracteres distintivos de San Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su tierno amor (1). En muchos lugares del capítulo anterior, como también en éste, hemos consignado ya esta doctrina, á saber: que sólo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir, en la verdadera Iglesia, nos es dado participar de esta porción de la herencia de Jesucristo, por la que recibimos á María por Madre. Mas este es lugar á propósito para hablar con más extensión, procurando penetrar cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Orígenes, en su comentario sobre estas palabras del

(1) Discipulus quem diligebat Jesus. (Joan., xii, 23.)

Salvador crucificado, MUJER, HE AHÍ TU HIJO, hace una bella observación, que derrama mucha luz sobre la verdad que explicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de San Juan, ni penetrar en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este Apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por Madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de Ella están plenamente convencidos de que no tuvo más Hijo que Jesucristo, y, por consiguiente, que cuando Jesucristo dijo á su Madre, hablando de San Juan: *He ahí tu hijo*; y no: *He ahí que tienes en la persona de Juan otro hijo*; fué como si le hubiera dicho: *Ese es Jesús, de quien eres Madre*; porque el que es perfecto no vive ya El, sino que en él vive Jesucristo (1).

Estas palabras son profundas, y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fe, y que San Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes Epístolas, á saber: que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con

(1) Evangelii a Joanne traditi sensum percipere nemo potest, nisi qui supra pectus Jesu recubuerit, vel acceperit a Jesu Mariam, quæ ipsius etiam mater fiat... Si nullus est Mariæ filius judicio eorum qui de ipsa bene senserunt, præterquam Jesum; dixitque Jesus Matri: Ecce filius tuus, et non: Ecce etiam hic est filius tuus; perinde est ac si dixisset: Ecce hic est Jesus quem genuisti; etenim quisquis perfectus est, non amplius vivit ipse, sed in ipso vivit Christus. (*Orig., in Joan.*)

Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo había ya manifestado esta grande y consoladora doctrina cuando, pocos momentos antes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella á su Padre esta súplica: «Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como Vos y Yo; oh Padre mío! somos una misma cosa (1).»

Para explicar San Pablo esta misteriosa unidad recurre al símil del cuerpo humano. «Así como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros, y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo cuerpo (2).» Volviendo el Apóstol en otro lugar á este mismo símil, explica cómo se obra esta unión; es decir, por el bautismo, que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo y nos hace una misma cosa con El, porque no hay en ella más que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman más que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque, después de haber sido bau-

(1) Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum sicut et nos unum sumus. (*Joan., xvii, 22.*)

(2) Sicut in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eundem actum habent: ita multi unum corpus sumus in Christo. (*Rom., xii, 4, 5.*)

tizados por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo más que un solo cuerpo, es decir, la Iglesia. Vosotros, pues, ¡oh cristianos!, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo (1). Pues bien, aunque la cabeza y los miembros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son, sin embargo, de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma substancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo, participamos de su naturaleza, como afirma San Pedro (2), de tal manera, que todos sus títulos, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes, así como los miembros de un cuerpo humano participan de la condición de la cabeza. Por esta razón, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con El una misma cosa, nos hacemos, en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separamos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; así como unidos á El, todo lo te-

(1) Sicut corpus unum est, et membra habet multa; omnia autem membra corporis, cum sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus. Etenim in uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus... Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro. (I Cor., XII, 12, 13, 27.)

(2) Divinæ consortes naturæ. (II Petr., I, 4.)

nemos en El y con El, todo lo merecemos, y somos todo lo que El es (1).

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á El por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con El, como el ingerto se hace una misma cosa, dice San Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos también hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra unión con Jesucristo; si somos sus hijos en El y con El, formamos en El y con El un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en El y con El formamos una misma cosa, un solo compuesto físico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta unión con Jesucristo, como nuestra cabeza, se verifica por medio de los sacramentos, en los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas así como esta sangre, que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumó en la cruz; así también en la cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta unión misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué también donde, en la per-

(1) In quo omnia.

sona de San Juan, que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salía á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en experimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presencié; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra unión en la persona de San Juan.

Con estas explicaciones se comprende bien el pasaje de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como veremos en su lugar, Ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; así como Jesús es el Padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con El, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de El. No formando con El más que un solo cuerpo, no formamos tampoco más que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este título tenga María tantos hijos cuantos son los verdaderos fieles, es cierto, sin embargo, que no tiene más que un solo Hijo, que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á El verdaderamente, y que todos los fieles no forman con El más que un solo Jesucristo, de quien María es ver-

dadera Madre, y por consiguiente, también nuestra.

Ved aquí, pues, por qué, según Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á San Juan, no le dijo: He ahí en la persona de Juan *otro hijo* diferente de Mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de ti en mi ausencia; sino que se contentó con decir: *Mujer, he ahí tu hijo*; que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Mujer*, Tú no tienes más que un solo hijo, y Yo lo soy en ese que te presento. Por el misterio que voy á consumir en este momento, Juan se une y se incorpora á Mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en Mí, así como yo viviré en él. Tú tienes, pues, ¡oh *Mujer!* en la persona de Juan, que está al pie de la cruz, el mismo Hijo que está en la cruz, tu Jesús, á quien engendraste, y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros á que está unida. Reconoce en él los efectos de mi redención, los vestigios de mi sangre, la comunicación inefable de mi gracia, y hasta la participación misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro Yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que yo soy tu Hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en Mí y conmigo, tu hijo único (1).

(1) *Dicit matri: Ecce filius tuus, et non: Ecce etiam hic est filius, perinde ac si dixisset: Ecce hic est Jesus quem genuisti: etenim quisque perfectus est, non amplius vivit ipse, sed in ipso vivit Christus. (Orig.)*